

MAQUIAVELLOS PARA POSTMODERNOS¹

Quienquiera que busque un ejemplo contemporáneo de la silenciosa atracción gravitatoria de una hegemonía ideológica haría bien en considerar el caso de los politólogos y economistas que, década y media después del colapso del bloque soviético, siguen enmarcando sus análisis e investigaciones sobre la región en términos de otras tantas transiciones a la democracia y a una economía de mercado. Los resultados no son solamente extraños, sino a menudo grotescos. La acumulación de desviaciones incómodas, y generalmente desalentadoras, que contradicen esta concepción, ha exigido la introducción de toda una panoplia de epiciclos teóricos, como las transiciones «desafiadas» o «estancadas», atribuidas a la «herencia del pasado comunista», a la apatía popular, a la falta de instinto cívico, a añoranzas atávicas de una «mano fuerte» y a los «viejos malos hábitos» del despotismo y la corrupción. Resulta una paradoja histórica muy reveladora que los problemas actuales del proyecto neoliberal de transformación global, que Hobsbawm calificó agudamente como «la última gran utopía del siglo xx», se hayan llegado a parecer a las contradicciones discursivas de su derrotado predecesor, el marxismo-leninismo.

El debate sobre las «transiciones» está recapitulando ahora las distintas ideas que se pusieron en juego en los antiguos intentos de los intelectuales progresistas de explicar las «deformaciones» del socialismo en el Este de Europa invocando factores muy semejantes: obstáculos heredados, elección desafortunada de los líderes, retrasos no especificados, pueblos insuficientemente conscientes. En ambos casos históricos, durante el socialismo y tras su desaparición, los análisis de la sociedad y la política en Europa oriental quedan atrapados en lo que Pierre Bourdieu ridiculizaba como un enfoque normativo-jurídico. El Este se cotejaba, y se sigue cotejando, con la proclamación teleológica de lo que esos países pretendían llegar a ser –y lo que sus gobernantes declaraban que ya eran–, en lugar de tratar de entender el surgimiento y el metabolismo evolutivo de esa especie política y su lugar en la taxonomía comparada de los Estados del mundo.

¹ Andrew WILSON, *Virtual Politics: Faking Democracy in the Post-Soviet World*, New Haven, Yale University Press, 2005.

El libro de Andrew Wilson abre una vía en ese atasco, y ése es su principal mérito. Supuestamente, Wilson sólo ha descrito con gran riqueza de detalles cómo se desarrollaron durante la última década las elecciones en Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán; pero el estado del asunto es tal que incluso una mera descripción, con mínimas ambiciones teóricas, puede proporcionar resultados espectaculares. Consideremos, por ejemplo, el caso de mis viejos amigos y adversarios favoritos Andrei Illarionov –quien recientemente dimitió como asesor económico del presidente Putin, tras denunciar audazmente la confiscación de Yukos– y Michael McFaul, que pasó la década de 1990 como comisario permanente de la Internacional neoliberal en Moscú. Sus convicciones ideológicas no son menos profundas o sinceras que su conocimiento desde dentro de la política postsoviética, y tampoco se hallaría nada nuevo en la descripción que de ella ofrece Wilson. Muy probablemente, ellos nos podrían decir aún más cosas sobre la «democracia fingida» en Rusia y otros países. De hecho, McFaul lo admite en su propia alabanza de *Virtual Politics*, que reseñó en el *Moscow Times* en septiembre de 2005. Pero ambos consideran el secuestro de las elecciones postcomunistas por agentes venales como una espantosa aberración más que como un objeto central de estudio –como debería ser– del resultado de la *perestroika* de Gorbachov.

El libro de Wilson es, estrictamente, una obra de investigación. Su finalidad principal es la de revelar los sucios mecanismos y agentes que se ocultan tras la fachada del proceso electoral en las repúblicas postsoviéticas, principalmente en Rusia y Ucrania (los datos más recientes de Wilson han ido a parar a un volumen paralelo sobre la «revolución naranja» en Ucrania). En su informe también figuran otras repúblicas como Kazajstán, Georgia, Azerbaiyán y Bielorrusia, aunque con mucho menor detalle. La afirmación central de Wilson es que en la política postcomunista las cosas no coinciden necesariamente con lo que parecen. La arena política está saturada de señuelos, falsificaciones e imposturas: «Partidos y políticos [...] lanzados como programas televisivos [...] que llevan una doble vida, objetos virtuales que tienen poca o ninguna relación con la realidad. La expresión “política virtual” parece por consiguiente una metáfora adecuada». Quizá la afirmación más provocadora de Wilson es que no hay respuesta para la famosa pregunta: «¿Quién es el señor Putin?». Y escribe: «Como objeto virtual, Putin no era un político, ni siquiera un ser humano con una historia vital, sino sólo un modelo»; aunque más adelante parece reconocer que Putin va pareciendo más real como gobernante a medida que va tirando de las riendas del poder.

Virtual Politics ofrece una gran variedad de detalles, cuya pura abundancia haría las delicias de un experto, pero que corre el riesgo de abrumar al lector no iniciado; el libro va acompañado de más de un millar de notas, aunque la mayoría sean referencias a periódicos y webs de los que cabría sospechar que andan metidos también en intrigas virtuales. Describe determinadas maniobras, complots y trucos utilizados en varias contiendas electorales y los forcejeos postelectorales en torno a la distribución de escaños y carteras ministeriales. Las distintas tácticas aparecen agrupadas y

descritas según sus instrumentos y propósitos. En primer lugar y ante todo está la *adminresurs*², con otras palabras, el típico poder de los que ocupan un cargo, y que tiene muchos usos, empezando por la falsificación de los resultados electorales. El primer ejemplo es el referéndum constitucional de Yeltsin en diciembre de 1993, que supuestamente debía aportar estabilidad y renovar de arriba abajo el espectro político a raíz de la sangrienta disolución del último Soviet Supremo de Rusia dos meses antes. En aquella ocasión la falsificación fue bastante chapucera, lo que permitió a algunos estadísticos suspicaces demostrar sin demasiados problemas (pero también sin muchas repercusiones) que menos de la mitad de los votantes exigidos para aprobar el documento se acercaron efectivamente a las urnas. Muchos rusos se sintieron en aquel momento frustrados y amargamente desilusionados por el creciente bonapartismo de Yeltsin y su promesa totalmente desacreditada de normalizar la vida social mediante una terapia de choque; pero Occidente no tuvo reservas en aceptar el resultado como baluarte frente a la amenaza de una restauración comunista del fascismo (comparando la Rusia de Yeltsin con la Alemania de Weimar); y ese mismo fantasma acompañó más tarde a todas las elecciones rusas durante el resto de la década de 1990, reduciendo artificialmente las opciones a Yeltsin o el horror.

Los varios millones de «almas muertas» que aparecieron en diciembre de 1993 durante el último par de horas antes de que se cerraran los colegios electorales salvaron la constitución ultrapresidencialista de Yeltsin. Lo que podría parecer más desconcertante es la bien fundada alegación de que esos votos adicionales también sirvieron para casi duplicar la representación de los mal llamados «liberal-demócratas» de Zhirinovskiy en la nueva / vieja Duma del Estado (nombre que conlleva, obviamente, una continuidad muy virtual con las tradiciones anteriores a 1917). De hecho, el primer presidente ruso llevó a cabo un golpe encubierto contra lo que era supuestamente su propio equipo, encabezado por Yegor Gaidar, y empujó a los impostores de Zhirinovskiy hacia el poder. Como muchos otros comentaristas antes que él, Wilson cree que en diciembre de 1993 Yeltsin trató de liberarse de unos intelectuales neoliberales demasiado elitistas e ideológicos, y de obtener un Parlamento bufonesco y menos legítimo que resultara más fácil de disolver.

Luego se produjeron otros usos de la *adminresurs*. Las autoridades locales incrementaron arbitrariamente los alquileres de las sedes de los periódicos y grupos políticos incómodos, impidieron la entrada a los locales por violaciones del código antiincendios y apagaron las luces de los mítines de la oposición. Los candidatos favoritos disfrutaron en cambio de la ayuda organizativa, por no hablar de la financiación encubierta, de los burócratas locales. Los inspectores de Hacienda exigían pagos (excluyendo, naturalmente, a los hombres de negocios mejor relacionados) con meses de

² Neologismo en ruso y otras lenguas eslavas para referirse a los «recursos administrativos» (organizativos, financieros y aun psicológicos) del gobierno. [N. del T.]

antelación, a fin de ayudar a la Administración a distribuir pensiones entre los votantes más ancianos, que siempre acudían con diligencia a las urnas. Algunos jueces y funcionarios electorales ultrarrigurosos dirigieron la limpieza de los censos con el fin de despejar el campo para los candidatos adecuados. En 1999 se mostró en un programa televisivo de madrugada al fiscal general ruso (o, dado que nunca se llegó a demostrar convincentemente, a «un hombre que se parecía mucho al fiscal general») recreándose con dos prostitutas, y a continuación fue excluido de las elecciones por perjurio; en la documentación presentada ante la comisión electoral no había comunicado que poseía el título de profesor en Leyes.

A mediados de la década de 1990 entraron en escena nuevos expertos en manipulaciones electorales, probablemente con más inventiva, o con lo que incluso se podría llamar vena artística. El valor principal del libro de Wilson es su descripción de ese grupo de expertos, que le concedieron amplias entrevistas, presumiblemente con el fin de autopromocionarse. En ruso se les llama *piarshchiki*, por el acrónimo inglés PR [*public relations*] –la moda de la jerga estadounidense lo inunda todo–, aunque ellos prefieren denominarse «tecnólogos políticos». La naturaleza claramente mercenaria de sus habilidades exige eufemismos, ofuscación filosófica y linajes inventados, que esos antiguos intelectuales, peculiarmente adaptados a las nuevas condiciones de mercado, han generado en abundancia. Quizá el ejemplo más famoso sea el de la asesoría política de Moscú «Nikkolo M», que reivindica un origen florentino y cuya esmerada página web –en ruso, inglés, español, y, Dios sabe por qué razón, también en portugués– se puede consultar en www.NikkoloM.ru.

Los capítulos centrales de *Virtual Politics* describen esas personalidades y sus hazañas, que a veces confiesan en la colección de entrevistas de Wilson con un candor casi jactancioso (sus fanfarronadas sirven sin duda a un tiempo como otra forma de «defensa de la imagen» y como publicidad de la firma). En primer lugar y ante todo está Gleb Pavlovsky, un opulento nativo de Odesa, antiguo disidente convertido en publicista cuya Fundación para una Política Eficaz domina el *ranking* de escándalos, y posiblemente el mercado de las relaciones públicas (aunque probablemente en ese tipo de negocios el escalafón responda también a una realidad virtual). Wilson nos proporciona información sobre la trayectoria profesional, carreras y tipo de capital simbólico en manos de los «maestros» conocidos de ese gremio. Entre ellos encontramos miembros de la aristocracia soviética como Viajeslav Nikonov –nieto del lugarteniente de Stalin Viajeslav Molotov–, que en otro tiempo fue líder de la Komsomol en la liberal Facultad de Historia de la Universidad estatal de Moscú. O podríamos mencionar al publicista Mark Urnov, cuyo hermano se ocupaba en el comité central del PCUS de enviar la ayuda a los movimientos de liberación de Sudáfrica. En agosto de 1991, cuando el comité central estaba siendo desalojado de su imponente edificio art nouveau en la Plaza Vieja, un hermano salía y el otro entraba. Dejando a un lado el cinismo, la política funciona en esas familias como forma primordial de inversión social. Encontramos

otro tipo de pedigrí en Piotr Shchedrovitsky, hijo de un filósofo soviético semiclandestino cuyas conferencias públicas durante la década de 1960 y principios de la de 1970 disfrutaron de un *status* de culto en Moscú comparable al de las apariciones parisinas de Michel Foucault.

Otros provenían de las filas intermedias de la intelectualidad soviética, principalmente con formación académica en humanidades, que durante y después de la *perestroika* transformaron en capital político personal; entre ellos hay psicólogos sociales como Igor Mintusov, de Nikkolo M (cuya consulta inicial durante una comida, dice Wilson, costaba hace una década unos 2.000 marcos alemanes); Aleksei Sitnikov, dirigente de la firma Image-Kontakt; o el atildado semiótico-lingüista Yefim Ostrovsky, al que Wilson atribuye una concepción «casi nietzscheana» de la libertad para configurar identidades políticas y culturales, incluida la suya propia. Sergei Markov, considerado en la actualidad como confidente clave de la Administración de Putin (pero, una vez más, ¿quién puede asegurar algo en ese reino de espejos?), vivía en un austero dormitorio y estudiaba el comunismo científico antes de convertirse en un activista demócrata durante la *perestroika* y verse arrastrado posteriormente por la riqueza y la idea imperial rusa.

Con la llegada a mediados de la década de 1990 de esos antiguos intelectuales, que traían consigo su peculiar aura de provocación, intrigas entre fracciones y nihilismo bohemio, la política rusa se hizo más sucia, más teatral y menos comprensible que nunca. Esencialmente, esos hombres y unas pocas mujeres crearon e inmediatamente monopolizaron un provechoso mercado de proyectos de simulación en el lugar donde se esperaba que creciera la nueva política democrática. Entre sus inventos se hallaba la creación de partidos efímeros, consistentes en actores parados y agentes de publicidad, ágiles a la hora de ofrecer a sus clientes una oposición fácilmente desmontable, emborronar y desacreditar a rivales auténticos potencialmente peligrosos o introducir agentes y apoyos encubiertos en listas partidarias aparentemente alternativas. Entre las pequeñas trastadas más sucias descritas por Wilson está la de los votantes que llamaban por teléfono a medianoche a un candidato de parte de algún contrincante, o la de quienes fijaban con pegamento versiones falsificadas de sus panfletos en automóviles y puertas recién pintadas. Permítaseme añadir mi ejemplo favorito de un carácter enternecedoramente provincial: la difusión de rumores de que un candidato al Parlamento ucraniano, un funcionario local, reparaba una vía ferroviaria suburbana con grava radiactiva de Chernobil y utilizaba el dinero así ahorrado para construirse una mansión en la Riviera francesa (incluso aparecían fotografías en los periódicos gracias a unos pocos miles de dólares pagados a periodistas venales); ese mismo funcionario debía responder en cada mitin de la campaña cuántos viajes por esa vía provocarían un cáncer.

La campaña para la reelección de Yeltsin en 1996 supuso un gran avance para este mercado. En enero los encuestadores se esforzaban por detectar el menor porcentaje por encima del margen de error en favor de que Yelt-

sin lograra otro mandato; en julio se pudo celebrar el milagro de su victoria democrática sobre la reacción comunista. Wilson sólo proporciona elementos de una explicación para ese viraje: esencialmente, rumores y opiniones de los salones políticos de Moscú. ¿Pero cómo se podría realizar un informe completo y fiable? Se produjo una campaña masiva de propaganda en televisión y una avalancha de «medidas activas» para desacreditar y descalificar cualquier alternativa potencialmente amenazante (como la del socialdemócrata Yavlinsky). Luego apareció de repente el recientemente retirado general Lebed, cuyos únicos activos visibles eran sus groseros modales y su humor soldadesco, pero que se transfiguró en un candidato patriótico creíble, aunque lo bastante moderado e incluso liberal, que obtuvo en la primera ronda de las elecciones presidenciales el 15 por 100 de los votos y el tercer lugar, tras Yeltsin y el comunista Ziuganov. Después, sin embargo, Lebed comenzó a adquirir una amplia popularidad por su cuenta, especialmente tras su audaz firma de la paz con los separatistas chechenos, que no habían sido derrotados. Con el esfuerzo conjunto del equipo de Yeltsin y su oposición comunista, Lebed se vio cercado y golpeado por todas partes y subsiguientemente alejado de Moscú con un puesto de gobernador en Siberia como premio de consolación (o como trampa). Uno de los entrevistados por Wilson admite francamente que Ziuganov ganó en la segunda vuelta, pero al final la *adminresurs* consiguió el resultado apetecido. Extrañamente, Wilson no intenta explicar el chocante comportamiento de los comunistas rusos, que aceptaron dócilmente el resultado fraudulento y se mantuvieron en silencio durante una temporada, mientras Yeltsin estaba totalmente incapacitado por sus problemas de salud, el regente Chubais era muy impopular, ellos controlaban más de la cuarta parte de los gobiernos provinciales, varias protestas civiles recorrían el país y las unidades militares retiradas humillantemente de Chechenia desplegaban desafiantes la bandera roja de la Unión Soviética sobre las torretas de sus tanques. ¿Quizá no eran comunistas a los que Lenin hubiera podido reconocer como tales?

Con esto llegamos a la principal debilidad de la investigación de Wilson: centrado en la destellante superficie de la virtualidad, le falta un análisis más profundo de la configuración política tras el colapso del Estado soviético. Tal explicación sólo puede darse desde una base teórica. Wilson, en cambio, recurre a dos líneas de razonamiento, ninguna de las cuales es teóricamente coherente y cuyas alternativas trata de reconciliar sin mucho éxito. Por un lado atribuye vagamente la política virtual de la década de 1990 a la virtualización postmoderna de la realidad. Este argumento «globalizador» se ve apoyado por una colección de citas de los sospechosos habituales: Foucault, Barthes, Derrida, Baudrillard, Eco, Castells, Beigbeder, así como los autores postmodernos rusos Pelevin y Prigov y el ucraniano Yuri Andrujovich. Por otro lado, Wilson plantea un argumento más histórico y localizado, señalando que los fraudes y provocaciones han formado parte de la política desde al menos la Florencia del Renacimiento y que ciertamente no eran nada nuevo en Rusia, con agentes dobles como el líder terrorista socialrevolucionario Azef, los sindicatos creados por el

agente secreto de la policía Zubatov, o las «medidas activas» del NKVD de Stalin y más tarde del KGB en su larga y en definitiva fútil batalla contra sionistas y disidentes.

Afortunadamente, el buen sentido empírico salva a Wilson de teorías conspirativas paranoides –muy extendidas en esta área– o del rechazo de toda política como falsificación. El último capítulo indica claramente los límites de lo «virtual»: que no siempre funciona. De hecho, la manipulación exige a menudo una enorme cantidad de dinero, «blanqueado» por una multitud de *polittejnologi* poco escrupulosos. Además, el fraude puede ser contra-productivo. La «revolución naranja» ucraniana proporcionó un ejemplo que viene al pelo: muchas fuerzas trataron de instigarla, y muchas otras, no menos ricas y poderosas, trataron de suprimirla. El dinero, el engaño y la suicidad abundaron por ambas partes; pero la realidad de un levantamiento popular prolongado, sorprendentemente disciplinado y optimista, que duró casi todo un mes, demostró estar más allá de las predicciones de cualquier arúspice. Wilson muestra convincentemente que la rápida expansión de la «política virtual» a finales de la década de 1990 se parecía a una burbuja financiera acompañada por una inflación vertiginosa. Los costes ocultos de las elecciones presidenciales rusas, estimados en miles de millones de dólares, pueden haber excedido incluso los costes combinados de las campañas presidenciales en Estados Unidos. Luego vinieron las elecciones parlamentarias y de los gobiernos regionales, donde los dólares se contaban por millones y cajas cargadas de dinero viajaban de un lado a otro. El mercado se vio impulsado por la oferta de «asesorías» que crearon, durante un breve lapso, oportunidades fabulosas de enriquecimiento para los pocos agentes que consiguieron monopolizar el nuevo nicho de mercado porque fueron sus iniciadores o porque estaban mejor posicionados para beneficiarse de él. Ese mercado se saturó rápidamente cuando los proveedores comenzaron a aumentar salvajemente la oferta. Además, como demuestra Wilson, amenazaba implosionar, porque, después de todo, existen límites a la eficacia de las tecnologías de la comunicación en la canalización de la irritación y la esperanza o para ocultar la miseria de la vida real.

Al analizar la política de los países de la antigua Unión Soviética, la pregunta con la que habría que empezar sería: ¿qué es lo que produjo tan rápidamente las movilizaciones revolucionarias del periodo de la *perestroika*, y por qué desaparecieron tan completa y repentinamente? Una cuestión menos apremiante es: ¿por qué el levantamiento revolucionario no fue seguido por una dictadura, como en tantas revoluciones anteriores, sino que suscitó el surgimiento de varias corrientes de presidencialismo plebiscitario que falseaban su fuerza mediante la coerción burocrática, el soborno y tecnologías virtuales, aun cuando extrañamente se seguían preservando, incluso en la Rusia de Putin, las formas democráticas cargadas de conflictos internos?

Para responder a esas preguntas habría que retroceder hasta los contextos estructurales, doméstico y global, predominantes durante las décadas

de 1980 y 1990. La realidad central de ese periodo fue la drástica pérdida de poder social experimentada por la población de la Rusia postsoviética y su «entorno próximo» por mor de la masiva crisis desindustrializadora que se produjo tras la desaparición de la URSS. Fue esto, más que ninguna otra cosa, lo que desmenuzó el tremendo ímpetu de entusiasmo desencadenado por la *perestroika*, ya que desplazó el centro de gravedad de la economía –y con él del poder material y simbólico en la sociedad– de la producción al intercambio comercial o al simple saqueo. Los ciudadanos corrientes, testigos impotentes de la canibalización de los antiguos activos soviéticos por las elites, cayeron comprensiblemente en la apatía, permitiendo a los depredadores resolver sus intrigas a espaldas de la opinión pública. Por otra parte, precisamente porque esas elites no afrontaban ninguna amenaza inmediata de levantamiento interno ni de conquista exterior, no sentían ninguna necesidad de someterse a una autoridad estatal unificada de tipo draconiano, sino que prosiguieron disputándose los despojos ex soviéticos de una forma que ha mantenido cierta competitividad, a veces muy aguda, en el terreno político.

En cuanto al conjunto del mundo, los países de la antigua URSS ocupan su lugar en un conjunto más amplio de países semiperiféricos y periféricos, cuya seguridad y fundamentos financieros no dependen de su propia capacidad coercitiva o fiscal, sino, por el contrario, de su adecuación al orden global, que preserva a los Estados obedientes de la conquista (junto con operaciones hegemónicas de limpieza para quienes no se pliegan sumisamente) y proporciona accesos a los mercados globales de artículos de primera necesidad y al mercado del crédito, que se convierten en fuente de riqueza para los gobernantes. En la antigua zona soviética –a diferencia de áreas como Pakistán o Arabia Saudí– la victoria recién obtenida en la Guerra Fría ha convertido las contiendas electorales en una exigencia ideológica para Occidente, que las elites, en ausencia de un gran riesgo de conflictividad popular, no tienen fuertes razones para rechazar. Por eso se mantienen las elecciones, que a veces pueden ser muy reñidas: uno de los interlocutores de Wilson le contó que para los que ocupan los puestos de mando cada elección es como cruzar un campo de minas. Pero ya que los competidores son incapaces y se muestran reacios a movilizar un apoyo genuino –que se les podría escapar de las manos–, prefieren formas financieramente caras pero políticamente más baratas de conseguir los puestos de mando o de mantenerse en ellos. La historia que nos cuenta realmente *Virtual Politics* es la de cómo y de qué forma sujetos desmoralizados o amoralizados de la antigua intelectualidad, con la experiencia política obtenida durante la *perestroika*, ofrecen su asesoramiento –por un precio muy alto– con la promesa de facilitar a sus clientes el cruce del campo de minas. ¿Cuáles son las perspectivas, domésticas o globales, de ese tipo de cenagal histórico? Para responder a esa pregunta necesitamos una agenda nueva y más realista que afronte el estudio de las secuelas del socialismo de Estado y explore las posibilidades futuras de la región.